

II CONGRESO NACIONAL DE LA FAMILIA

Conferencia inaugural

Quito, 9 de noviembre de 2011

LA IDENTIDAD Y LA MISIÓN DE LA FAMILIA

Introducción

La inmensa mayoría de los latinoamericanos asegura que para ellos el valor más importante que tienen es su familia. Es una afirmación sorprendente. Junto a familias en las cuales sus miembros se apoyan mutuamente, y la convivencia familiar es causa de mucho contento, hay muchas otras en que la convivencia es difícil; las ausencias, frecuentes; la fidelidad, vacilante; las condiciones económicas y laborales, precarias. Es triste decirlo, pero al interior de un gran número de familias las relaciones son tensas, a veces violentas, con indecible dolor para los miembros más débiles.

Sin embargo, el cariño y la abnegación de la madre, el apoyo que presta el padre, la benevolencia de algún abuelo, la simpatía de alguna hermana y, en general, la confianza y la solidaridad entre los hermanos, aunque sean actitudes esporádicas, son suficientes para valorar ese respaldo humano y ese apoyo, como lo más valioso que tenemos.

Por eso, ya al iniciar nuestra reflexión, alabemos de corazón a Dios, nuestro Padre y Señor, que creó la familia, ese hogar entrañable, esa pequeña comunidad estable en la cual nacimos, esa escuela del amor y del respeto entre nosotros y del trato filial con Él, la cual, a pesar de sus limitaciones reales, nos es tan querida.

Son muchos los factores que contribuyen a dificultar el pleno desarrollo del ser y de la misión de las familias cristianas, como lo pone de manifiesto el Cuaderno de Trabajo para que los Pre - Congresos preparasen bien el trabajo de este II Congreso Nacional. Son factores que influyen no sólo en el Ecuador. Los encontramos en casi todos los países de Europa y América. Uno de ellos,

realmente preocupante, es el desinterés por el matrimonio para toda la vida, fundamento vivo de la familia.

El Cuaderno de Trabajo afirma que “las profundas y rápidas transformaciones que se han operado en la sociedad y en la cultura moderna han afectado a la familia, como quizá a ninguna otra institución humana”. Agrega dicho documento una constatación sumamente amenazadora: “En la actualidad hay una confusión total, y la familia no se ha salvado. Es así como la familia, sin darse cuenta, está acogiendo anti-valores como valores.”

En otro documento reciente¹, la enumeración de las debilidades que presentan con mayor frecuencia muchas familias en el país abarca numerosos factores, tales como la falta de tiempo de los padres para compartir entre ellos y con sus hijos; el egoísmo que conduce a posponer a los hijos y sus intereses; el miedo de ser padres y maestros y la renuncia al trabajo de formación; la interferencia negativa externa, producida por ciertos programas deformadores, difundidos por medios de comunicación social; y la pobreza y el desamparo de las instituciones, que afectan a las familias y a sus miembros.

El Espíritu Santo ha inspirado grandes iniciativas pastorales, entre otras, este Congreso que celebramos, al ver tanto desconcierto y confusión sobre la Familia y sobre los valores que la sustenta; al calibrar la fuerza de las corrientes de opinión y de los proyectos legislativos en diversos países que socavan los fundamentos y la misión de la Familia, o tienden a destruirla; y al sopesar cuánta indiferencia religiosa le roba su alma y su fuerza. El Espíritu despliega y alienta con más fuerza que nunca la pastoral familiar en la Iglesia, orientada y animada por las luminosas iniciativas en bien de la Familia de los Papas, Pastores de la Iglesia universal, del Consejo Pontificio para la Familia, de las Conferencias Episcopales y del CELAM. Asimismo ha impulsado la fundación de movimientos, y el trabajo de nuevas y antiguas comunidades, que se dedican a formar jóvenes y familias, y a inspirarles que intervengan en la Iglesia y en la sociedad a favor de la vida, el matrimonio y la familia.

Todas estas realidades son signos de este tiempo, de nuestro tiempo, del tiempo que Dios nos ha confiado para que sea

¹ Respuestas al cuestionario enviado por el Pontificio Consejo para la Familia, para preparar el Encuentro de Obispos Responsables de las Comisiones de Familia y Vida en las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe, que se realizó en Bogotá en marzo del presente año.

realmente un tiempo suyo y de la persona humana, de los hijos, de la familia y de la vida, del trabajo realmente humano, y de la fiesta de contar con Dios, nuestro Padre y Señor, de encontrarnos con Jesucristo, nuestro Maestro y Salvador, y de inspirarnos en la fidelidad de la Virgen María.

Pero no nos engañemos. No nos encontramos tan sólo ante amenazas que socavan lentamente la vida de las familias y su misión vivificadora. Hay amenazas de otro tipo; aún más radicales. Han surgido corrientes ideológicas que pretenden la proclamación, en igualdad de condiciones, de otras maneras de vivir en común o de vivir sin compañía, como si fueran otros “modelos de familia”.

Tengamos presente las diversas uniones o soledades que quieren ser consideradas familias. Son las uniones que surgen cuando un varón y una mujer se juntan, y aún engendran hijos, pero sin promesa de fidelidad e indisolubilidad, dejando la puerta abierta a uniones sucesivas. Además, están las uniones de un varón con una mujer, que destierran de ellos a los hijos, o que ponen todos los medios posibles para tener sólo un hijo o una hija, y eliminar sin compasión a los demás. Postulan a los derechos y beneficios de las familias, pero sin contraer matrimonio, también las uniones de hecho. En algunos países, más del 50% de los nacidos llegan al mundo fuera del matrimonio de sus progenitores. Alzan su voz las uniones de personas del mismo sexo, que quieren ser consideradas matrimonio con todos los derechos que el Estado les reconocen a los matrimonios; también, el derecho a procurarse hijos de otros padres. Poco a poco aparecen los hogares en los cuales una mujer vive con la criatura que engendró mediante fecundación artificial, porque quería ser madre y compartir la vida, pero privando a la criatura de un padre, porque ella no quería ni tenerlo junto a sí ni siquiera conocerlo. Todavía, gracias a Dios, las uniones poligámicas no han pedido ser reconocidas como verdaderos matrimonios.

El desconcierto en verdad es muy grande, porque en muchos países ha aumentado el número de personas que proclaman una de las opciones señaladas, su propia opción, como igualmente válida que la familia cristiana, y la alaban como sumamente atrayente y gratificante². Por eso, hay quienes proclaman que en el futuro perderá vigencia y valor la familia que ahora se llama, a veces despectivamente, tradicional. Las sociedades, dicen, dejarán de

² Ver Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, n. 5.

privilegiar un tipo determinado de unión y de procreación. Afirman que todas tendrán ante el Estado y la sociedad el mismo valor, porque el reconocimiento de la libertad absoluta de las personas obligaría a reconocer de igual manera a sus uniones, pasajeras o prolongadas, únicas o sucesivas, con una o más personas, elegidas de uno u otro sexo, con o sin hijos; y a reconocer su manera de tener o traer hijos a este mundo, o de no traerlos. Naturalmente quienes piensan así no toman en cuenta ni el bien que conlleva asumir el querer de Dios, ni las reacciones vigorosas y masivas, a veces violentas, que incuban las sociedades cuando recorren caminos contrarios a la naturaleza humana.

Vivimos en esta época de la humanidad. Dios les ha dado a ustedes, familias ecuatorianas, como una muestra de la asombrosa confianza que les tiene, la vocación y la misión de ser, como familias, luz del mundo, luz que ilumina y atrae, luz que muestra la belleza del plan y de los caminos de Dios. También les ha confiado la misión de ser fermento evangelizador de una nueva sociedad. A nosotros, llamados a ser pastores de su pueblo, como asimismo a quienes ha convocado a vivir la virginidad consagrada, nos ha confiado la vocación y la misión de apoyar, servir e inspirar a las familias de ustedes y a todas las familias, para que la alianza conyugal que sellaron ante el altar despliegue toda su riqueza en beneficio de los esposos, de sus hijos y nietos, como también de la Iglesia y de toda la sociedad.

Las nuevas modalidades que reclaman con fuerza, por primera vez en la historia, ser tratadas como familias, son como estrellas de escasa luminosidad que han aparecido en el firmamento de una humanidad que admira los adelantos de las ciencias y de la técnica, y que se angustia al constatar oscuridad e inseguridades en el presente y en el futuro. Como misioneros, también para esas hermanas y hermanos nuestros, queremos ser evangelizadores para que en su vida amanezca, de modo que vean al Sol que es Cristo, y acojan la riqueza de la verdad sobre la familia que Él nos regala, y el amor y la fidelidad que hace brotar y florecer en ella.

Por eso, con esperanza, alegría y gratitud, pero también con convicción y con mucha fe, en este II Congreso Nacional nos acercamos a Dios, nuestro Padre y Creador, origen de todo bien y de toda verdad, y a su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, Maestro y Redentor, con la apertura espiritual que siempre caracterizó a la Sma. Virgen María y a los santos. Inspirados por el Espíritu Santo,

queremos renovar nuestro entusiasmo con su plan de amor y sabiduría acerca de la Identidad y la Misión de la Familia, fundada sobre la alianza matrimonial, que en virtud del sacramento significa y actualiza la alianza de Cristo con la Iglesia, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio para toda la vida, ordenado por su propia naturaleza a la comunión y al bien de los cónyuges, y a la generación y educación de los hijos.³ En esta exposición que me han pedido, propondré la enseñanza del Magisterio de la Iglesia.

La identidad de la Familia, según el plan de Dios

Abramos entonces las Escrituras, y acerquémonos al plan original de Dios. Hagámoslo descalzos, es decir, con el respeto y el asombro con que Moisés se acercó a la zarza ardiente, escuchó la voz de Yahvéh que lo llamaba por su nombre, y se aproximó a Él en actitud de adoración y de disponibilidad ante su intervención en la historia para liberar y salvar a su pueblo. Para ello, imploramos la luz del Espíritu Santo.

Ya en las primeras páginas de la Biblia

En el libro del Génesis podemos encontrar y recoger el designio fundador de Dios, Creador y Padre, y descubrir la vocación de la persona y del matrimonio.

Los dos relatos de la Creación nos revelan que Dios creó al hombre a su imagen. Nos enseña el primer relato que lo creó a imagen suya; que lo creó varón y mujer. Dios, que es amor (1 Jn 4, 16), creó al varón y a la mujer para que acogieran con gozo su amor. Él nos creó a su imagen, de modo que cada uno de nosotros refleje su amor, y lo más característico de cada uno de nosotros sea el amor. No sólo como hombre individual, sino más aún en su doble versión, por así decirlo, de varón y mujer, recibieron la vocación de ser semejantes a Él. El Compendio del Catecismo de la Iglesia enseña que “Creando al hombre y a la mujer, los ha llamado en el matrimonio a una íntima comunión de vida y amor entre ellos”⁴. Por eso, el beato Juan Pablo II decía: “El hombre llegó a ser ‘imagen y semejanza de Dios’, no sólo a través de su propia humanidad, sino

³ Ver CDC c. 1055; Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica n. 338 y 341.

⁴ Compendio del Catecismo de la Iglesia, n. 337.

también a través de la comunión de personas que el varón y la mujer conforman desde el principio.”⁵

En el primer relato de la Creación nos llama la atención una cosa. El texto no dice “haré al hombre a mi imagen y a mi semejanza”. Lo dice en plural: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza”. Por la revelación posterior del Nuevo Testamento, sabemos que el misterioso “Nosotros” de Dios es expresión de las tres Personas Divinas: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La creación del hombre, varón y mujer, a imagen y semejanza de la Sma. Trinidad, manifiesta entonces la vocación admirable del matrimonio y de la familia: El nosotros que los caracteriza fue llamado a la existencia para que reflejase al “Nosotros” de Dios⁶. La comunión entre los esposos, tiene la tarea de reflejar, y en cierto sentido de prolongar, la comunión entre las tres Personas Divinas: su amor y su respeto mutuo, su unidad para siempre, la solidaridad en su acción a favor de sus criaturas, su felicidad y su paz, como también la fecundidad de su amor. En ese espacio interior, que es la familia, traen sus hijos a este mundo, nacidos también ellos a imagen y semejanza de Dios y de sus padres en la tierra (ver Gn 5, 3), y colaboradores suyos para vivir, trabajar y celebrar en comunión. Para ello, contarían con la gracia de Dios.

En la segunda narración del origen del mundo, la creación de la mujer es introducida por una reflexión de Dios: “no es bueno que el hombre esté solo”, y también por una decisión suya: “Voy a hacerle una ayuda adecuada”. (Gn 2, 18) Invita al varón a abandonarse a su conducción misteriosa, haciendo caer sobre él un profundo sueño, y de una costilla suya, es decir, de un lugar muy cercano a su corazón, formó a la mujer. El varón, que hasta ese momento sólo se había relacionado con plantas, aves, peces y animales, quedó asombrado cuando el Señor le presentó la “ayuda adecuada” que le había creado. Se asombró en el Paraíso, y sigue asombrándose cuando se enamora de quien Dios le ha escogido como esposa. La reconoció en su diversidad, pero sobre todo en su semejanza a él – “esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”. Es semejante e igual a él porque así la “adecuó” el mismo Creador, haciéndola igual a él en dignidad. Nuevamente el beato Juan Pablo II nos ayuda a acercarnos al misterio, enseñándonos: “el hombre se convierte en imagen de Dios, no tanto en el momento de la soledad, cuanto en el momento de la comunión. Efectivamente, él es ‘desde

⁵ Juan Pablo II, Catequesis, 14.11.1979.

⁶ Ver Juan Pablo II, Carta a las Familias, 1994, n. 6.

el principio' no sólo imagen en la cual se refleja la soledad de una Persona que rige el mundo, sino también y esencialmente, imagen de una inescrutable comunión divina de Personas"⁷.

Los creó con esa misión interna, por así decirlo, que se refiere a la comunión entre ellos, agregando una referencia explícita al matrimonio: "Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne." (Gn 2,24) Como bien sabemos, esta última expresión se refiere, por una parte, a la unión conyugal, que compenetra y hace espiritual el diálogo de los cuerpos, y le da una dimensión corporal, colmada de ternura y donación, al diálogo espiritual. Y se refiere, por otra parte, a la original unión de los esposos, que siendo y permaneciendo dos personas, forjan una unidad tan plena, por su mutua donación, solidaridad y benevolencia, que llegan a ser una sola cosa. Jesucristo enseñó que esta afirmación hecha ya en el Paraíso, se refería a la indisolubilidad del matrimonio, cuando aseveró: "De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre" (Mt 19, 6). Desde el principio, la unidad y la indisolubilidad fueron dos propiedades esenciales de la unión matrimonial.

En ese sexto día de la Creación les dio asimismo la tarea, bendecida por Dios, de ser fecundos y multiplicarse, de llenar la tierra y de someterla (Gn 1, 28). Así hizo al hombre y a la mujer colaboradores suyos, para continuar la obra emprendida por Él. Lo harían mediante su trabajo en el dominio de la tierra y, como fruto de su mutuo amor, en la gestación y el nacimiento de toda la familia humana, y en la construcción de la comunión.

Lo que hemos encontrado en el libro del Génesis, revela la admirable intención originaria de Dios. Sin embargo, nos duele la realidad de innumerables familias que no se esfuerzan en corresponder a ella. Ya al inicio intervino el pecado. Primero, ese lamentable pecado de los primeros padres, cuyos efectos recorren la historia. Después, los pecados personales. San Pablo constataba consternado, y nosotros con él, los efectos del pecado con estas dolorosas palabras: "Realmente mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco" (Rm 7, 15b). El primer pecado fue una incalculable tragedia como infidelidad y desobediencia al Dios Creador, por no creer en la

⁷ Juan Pablo II, Catequesis, 14.11.1979.

bondad y la sabiduría de su mandato. Además, provocó un profundo desorden al interior del hombre, dañando la armonía entre su espíritu y su cuerpo; un desorden en la relación del hombre con el prójimo y, sobre todo, con su Dios y Señor. Dañó todas estas relaciones, pero no las destruyó.

Pues bien, en la relación entre el esposo y los hijos, confluyen y se entrelazan todas estas dimensiones de la vida. Por eso, la realización del plan de Dios quedó amenazada por el egoísmo y la falta de respeto, la discordia y la infidelidad, la dificultad en reconocer la verdad y el afán desordenado de placer, poder y poseer, la poca conciencia de la gravedad del pecado, la indiferencia y frialdad ante Dios, y la falta de gratitud por sus dones.

En virtud de los efectos del pecado, sería del todo ilusorio el propósito de realizar el plan de Dios sobre la familia, si Él mismo no se hubiera propuesto lograrlo con su amor, su sabiduría, su perdón y su poder; y si no hubiera enviado a su propio Hijo al mundo, y Él no hubiera muerto por nosotros como nuestro Salvador y como Mediador de la Alianza nueva y eterna, y de todas las alianzas que surgen de ella y la reflejan, como ocurre en la alianza conyugal. Sería del todo ilusorio, si el Espíritu de Amor no hubiera sido derramado sobre nosotros, como gestor de la comunión en la Iglesia y la familia. También sería algo ilusorio si los esposos no se inspiraran en el amor y el ejemplo de la Virgen María, y no tomaran la decisión inquebrantable de luchar contra el mal, de cumplir la voluntad de Dios y de ser siempre discípulos de Jesús, llevando sobre sí el peso y el dolor de la cruz, para ser santos y dedicar toda su vida al amor, y así al bien del cónyuge, de los hijos y de todos los hijos de Dios. El Papa Benedicto XVI manifestó con toda claridad que a semejanza del amor de Cristo, “el amor humano auténtico es donación de sí y no puede existir si quiere liberarse de la cruz.”⁸

Antes de concluir esta reflexión sobre el Antiguo Testamento, detengámonos ante una realidad que prepararía la enseñanza posterior del Nuevo Testamento sobre el matrimonio. La comunión de amor entre Dios y los hombres encuentra su expresión privilegiada en la alianza de Dios con su Pueblo escogido. Esta relación de alianza, es presentada de manera creciente, sobre todo por los profetas, como una relación nupcial. Estos textos presentan a Dios como el Esposo, que unió su vida, su amor y su misión a su

⁸ Benedicto XVI, Discurso a la Asamblea eclesial de la Diócesis de Roma, 6 de junio de 2005. (En adelante, abreviado: Benedicto XVI, Discurso.)

Pueblo. Como su Esposo y Hacedor se desposaría con él en justicia y equidad, en amor, compasión y fidelidad (ver Is 54, 5ss; 62, 4b y 5; Os 2, 21). Y son notables las referencias al Pueblo de Israel como la Esposa, llamada a tomar conciencia de ser amada por Dios, como en los poemas del Cantar de los Cantares, y a serle fiel. Sin embargo, cediendo ante el pecado, y desobedeciendo a su Dios y Señor, muchas veces se fue en pos de amantes (ver Os 2, 7ss), de ídolos, y además rompió la justicia que Dios le exigía. Así el Pueblo cometió adulterio contra su Esposo y su Dios. Pero el Esposo fiel no lo abandonó. Formó el Resto de Israel, cuyo miembro ejemplar sería la Virgen María, la colaboradora y compañera fiel del Mesías, la Hija de Sión.

Concluamos esta parte de nuestra meditación, recordando que en nuestros días no faltan quienes dicen que la familia, basada en la alianza que sellan un hombre y una mujer para siempre, abierta a los hijos y a Dios, es una imposición de la Iglesia a la sociedad. Sin embargo, la identidad de la familia según el plan de Dios, no es algo impuesto arbitrariamente a la modernidad, una ley injusta, que obliga desde el exterior al hombre y a la mujer que se aman.⁹ Ser semejanza de Dios, que es amor; unirse en matrimonio, por asemejarse al Dios trino; unirse en fidelidad para siempre; colaborar con Dios en la procreación y educación de los hijos; ser alma y vida de la sociedad etc., todos estos proyectos, en primer lugar son anhelos e impulsos interiores, insertos desde la Creación en la misma naturaleza del ser humano, que emergen de su corazón. Es un movimiento natural del ser, que le da fecundidad y felicidad, si bien implica renunciaciones y sacrificios. A pesar de las desviaciones, aún opuestas y aberrantes, que surgen en la historia, y a pesar de la profunda herida del primer pecado y de los pecados sucesivos, la naturaleza humana, con la ayuda de la gracia que la sana y la eleva, siempre tiende a regresar al lugar que Dios le entregó como vocación y tarea; simplemente, porque es lo suyo, su identidad y misión originales y propias. No trabajamos al servicio de un capricho o de un pensamiento obsesivo de la Iglesia. Trabajamos por el plan de Dios, que siempre es provechoso para el hombre, que le aporta felicidad y paz, y que es el verdadero bien de la sociedad.

⁹ Benedicto XVI, Discurso.

En el Nuevo Testamento

La Encarnación misteriosa del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen María, cuando la Palabra puso su morada entre nosotros (ver Lc 1, 26ss; Jn 1, 14), y ya antes, la concepción inmaculada de María, manifestaron la fidelidad total de Dios a su criatura y a su plan de amor. Como Esposo fiel, había tomado la decisión más relevante de la historia de la humanidad. Había resuelto enviar a su propio Hijo a sellar la Nueva y Eterna Alianza de amor y de paz, y fundar el nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, y a revelar el amor de Dios, mediante sus palabras, sus milagros, su vida entera y la donación de su vida en la cruz. Nadie tiene un amor mayor, que el que da la vida por sus amigos. Entonces nadie nos tiene un amor mayor que el Verbo Encarnado, que dio su vida por nosotros, cuando ni siquiera éramos sus amigos. Así selló en su sangre la Nueva Alianza de amor, verdaderamente nupcial entre Dios y los hombres, nos elevó a ser hijos de Dios, y nos envió su Espíritu, que nos conduce a la verdad plena, y aviva el amor y la fidelidad.

Al Hijo del Padre, que quiso ser hermano nuestro, Dios le preparó un “nosotros” en la tierra, el hogar formado por María y José, que lo acogiera y amara a nombre del “Nosotros” del cielo. En la rica imaginería ecuatoriana y en las hermosas pinturas coloniales de la Sagrada Familia, ustedes habrán encontrado muchas veces a Jesús, María y José con los pies en la tierra, y al Padre celestial en lo alto, unido a su Hijo en el Espíritu. Los artistas decían que habían representado verticalmente a la Trinidad del cielo -al Padre, al Espíritu Santo y al Hijo encarnado-, y también a su imagen en este mundo: a la sencilla trinidad de Nazareth: el Niño, María y José. En verdad, previendo los infinitos méritos de Jesucristo, Dios había unido los destinos de María y de José, dándoles en plenitud la gracia de amarse como Cristo nos amaría. Brillaba en la Sagrada Familia el amor a Dios y el amor al prójimo. Era un espacio interior en el cual se meditaba la Palabra de Dios, se seguían los caminos suyos con docilidad filial, y se amaba y servía a Jesús, como nadie lo ha hecho en este mundo. Sus palabras y sus hechos eran conservados y meditados en el corazón de su madre (ver Lc 2, 33 y 51), y seguramente también de José. Con Jesús hablaban de la historia de fidelidad e infidelidad del Pueblo de Israel, y de la gran hazaña de Moisés contra el Faraón, y de David, su antepasado, que dio muerte a Goliat. José le enseñó el oficio con el cual los mantenía. A él le hablaron de las faenas del campo, de la pesca, del

tiempo y de tantos otros temas que aparecerían más tarde en sus parábolas. Vivió y creció sujeto a ellos (ver Lc 2, 51), en el clima espiritual de una familia que lo amaba con ternura y admiración, sabiendo que nada es imposible para Dios (ver Lc 1, 37); de una familia que Él santificaba con su presencia, su sabiduría, su gratitud y su amor. En ella Jesús tuvo la primera experiencia de un hogar como él los fundaría en el nuevo Pueblo de Dios.

El amor de Cristo a su madre, imagen y comienzo de la Iglesia, a san José, a sus discípulos y a todos los que acudían a Él, fue para ellos una revelación del amor trinitario. Quienes viven a semejanza de Cristo, viven como imagen y semejanza de Dios. Fue Cristo quien nos manifestó que Él nos había amado como el Padre lo amó. (ver Jn 15, 9). Es decir, en la manera de amarnos de Jesucristo, se revelaba el amor de comunión entre el Padre y el Hijo. Prolongándolo, seríamos esa comunidad unida, ese 'unum' que Él imploró en la Última Cena. (ver Jn 17, 21 y 23).

Esta luz de inmensa claridad y calidez ilumina desde entonces a los matrimonios y a las familias cristianas. Como quieren corresponder a su vocación original, los esposos, y después también sus hijos, tienen la misión sublime y fecunda de amarse como Cristo amó a sus primeros discípulos, como Él ama a la Iglesia. Todo lo que Cristo hizo por amor, es decir, todo lo que nos revelan de Él los Evangelios, cada palabra suya, cada gesto de misericordia y de perdón, cada expresión de su amor gratuito y sobreabundante, todo ello quiere inspirar a las familias cristianas para que su comunión sea a semejanza del amor de Cristo, es decir, a semejanza de ese amor que revelaba no sólo el amor de Dios a la humanidad sino, más allá, el amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Con razón escribía san Pablo a los Efesios: "Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella...". (Ef 5, 25; ver Ef 5,1ss), y a continuación, acerca del matrimonio, afirma: "Gran misterio es éste, lo digo con respecto a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5, 32).

¿Qué implica amar como Cristo a los suyos? Implica asumir sus sentimientos, y por eso supone tener una relación de intimidad con el Padre en la oración, la decisión de hacer siempre su voluntad y de tener el corazón en paz con Él. Significa proclamar de palabra y con el testimonio personal la Buena Noticia, y compartir la alegría de ser amado por el Padre. Incluye amar a su madre, la Virgen María, a los apóstoles y a los santos, y a la comunidad de los

discípulos de Jesús, a su Iglesia. Implica no exigir ser tratado como persona importante, sino despojarse de sí mismo para amar con sencillez y asumir la condición de siervo, adelantándose en el amor y haciendo de sí un don de Dios para sus hijos. Así imitamos a Dios, quien nos amó primero (ver 1Jn 4, 19). Se expresa en trabajar por el bien de los demás con gratuidad; amándolos con una generosidad sorprendente, sobreabundante. Incluye llamar a todos por su nombre propio; también, elegir colaboradores, formarlos y darles confianza y apoyo. Se manifiesta en acoger a los niños, servir a los enfermos, dar pan a los hambrientos, enseñar a los ignorantes, guiar a las personas que están abatidas y vejadas como ovejas sin pastor. Incluye asimismo golpear los corazones de piedra, engreídos y todopoderosos, para que se abran al amor y la conducción de Dios, y acojan y prolonguen su misericordia. Implica perdonar aun a aquellos que nos hacen el mal, como Jesús en el suplicio de la crucifixión (ver Lc 23, 34). Culmina en el amor hasta el extremo de dar la vida por los que Dios ama. Tanta belleza y verdad en nuestra vocación como imitadores de Cristo no debiera parecernos algo ajeno a nuestra condición humana, sino llenarnos de amor a Él, de humildad, gratitud y alegría.

Por revelación del designio de Dios, desvelado en el sacrificio que Cristo hace de sí mismo en la cruz por su Esposa la Iglesia, nos escribe el Papa Juan Pablo II: “el matrimonio de los bautizados se convierte así en el símbolo real de la nueva y eterna Alianza, sancionada con la sangre de Cristo. El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la cual está ordenado interiormente, la caridad conyugal...”¹⁰. Continúa la Exhortación: “La Iglesia, acogiendo y meditando fielmente la Palabra de Dios, ha enseñado solemnemente y enseña que el matrimonio de los bautizados es uno de los siete sacramentos de la Nueva Alianza” (ibid.). En palabras de Su Santidad Benedicto XVI: “El valor de sacramento que el matrimonio asume en Cristo significa que el don de la creación fue elevado a gracia de redención. La gracia de Cristo no se añade desde fuera a la naturaleza del hombre, no le hace violencia, sino que la libera y la restaura, precisamente al elevarla más allá de sus propios límites.”¹¹

¹⁰ Juan Pablo II, Exhortación apostólica Familiaris consortio, n. 13.

¹¹ Benedicto XVI, Discurso.

Como sacramento, es una acción de Cristo, y es una fuente de gracias que fortalece la vida sobrenatural de quien lo recibe, y otorga gracias específicas para vivir conforme a él. En este caso, el carisma propio del sacramento está destinado a perfeccionar el amor de los cónyuges, a fortalecer su unidad indisoluble, y a ayudarse mutuamente a santificarse con la vida matrimonial conyugal y en la acogida y educación de los hijos¹².

Quisiera concluir esta meditación sobre la identidad del matrimonio como sacramento, refiriéndome a uno de los nombres que se emplea para designar a la familia cristiana. Nos conviene asumirlo cuando nos acercamos al Año de la Fe, y al Sínodo sobre la Nueva Evangelización. Desde el Concilio Vaticano II se habla de la familia cristiana, cada vez con más frecuencia, como “iglesia doméstica” (LG 11). En Valencia, ya al inicio de su pontificado, el Papa Benedicto XVI nos recordó el texto en que se refiere a ella el Catecismo de nuestra Iglesia: “La familia cristiana es llamada iglesia doméstica porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos”.¹³

Esta visión de la familia, si bien no estaba tan presente antes del Concilio, no era nueva en la Iglesia. La Carta a las Familias nos dice que el amor y la solicitud de la Iglesia por la familia, se expresaron “ya desde los inicios del cristianismo, cuando la familia era considerada significativamente como ‘iglesia doméstica’”.¹⁴ De hecho, durante la primera expansión misionera, como lo advertimos en las cartas de san Pablo, tanto las familias, que se convertían con sus amigos y su servidumbre, como sus mismos hogares fueron el espacio que acogía a las primeras comunidades. Casi simultáneamente o poco después, las persecuciones dificultaron o impidieron a las comunidades emergentes la construcción de lugares de encuentro como propiedad de la comunidad. El templo era la comunidad cristiana y, muy especialmente, las familias cristianas. En sus hogares se oraba y se cantaba, se leía las Escrituras y tenía lugar la enseñanza de los apóstoles, de sus sucesores y de sus colaboradores; en ellos se celebraba la

¹² Ver Catecismo de la Iglesia Católica n. 1641; LG 11 y 41.

¹³ Benedicto XVI, discurso en el V Encuentro Mundial de las Familias, 07-07.2006; Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, n. 337.

¹⁴ Juan Pablo II, Carta a las Familias, n. 3.

Eucaristía, es decir, la “fracción del pan”; en ellos se practicaba la caridad y se vivía la comunión.

Es una invitación providencial a ustedes, familias cristianas, el recuerdo de las primeras “iglesias domésticas”. Si la familia cuenta con Jesucristo, que le prometió el día de la alianza conyugal estar siempre con ella, si quiere cumplir con su tarea de vivir en comunión, asumiendo los sentimientos de Cristo, si es el lugar en que los padres enseñan a sus hijos a amar, a creer y a orar, si es el lugar del perdón y de la fiesta, ¿no nos nace tener en los hogares un lugar de oración, junto a una imagen de Jesús Crucificado y otra de la Virgen María, para invitarlos a vivir con nosotros en familia? En él podemos tener una Biblia para abrir los Evangelios, y llenos de admiración encontrarnos con la persona de Jesús, y abrirle el corazón para que Él nos hable. En él podremos recogerlos para orar en familia, agradeciendo a Dios sus regalos y alabándolo, para poner en Él nuestra confianza en grandes necesidades, para implorar los dones del Espíritu Santo, para renovar nuestro amor a la Virgen María, por ejemplo, rezando el santo rosario, acoger a quienes lleguen hasta nosotros, como quien acoge a Cristo, y juntar aquello a lo cual renunciamos a fin de darlo a los pobres. En él podremos ofrecernos el don del perdón. Así los hijos crecerán en la evidencia del encuentro con Dios, y su presencia iluminará la vida entera. Hacer de nuestros hogares, iglesias domésticas, santuarios del encuentro con Dios, puede ser uno de los frutos de este II Encuentro Nacional.

La Misión de la Familia, según el Plan de Dios

Reflexionar sobre la identidad de la familia según el plan de Dios, no es posible sin tener muy presente la misión que Dios le confió. Así lo afirma la Exhortación apostólica *Familiaris consortio*: “El cometido que ella, por vocación de Dios, está llamada a desempeñar en la historia, brota de su mismo ser y representa su desarrollo dinámico y existencial. Toda familia descubre y encuentra en sí misma la llamada imborrable, que define a la vez su dignidad y su responsabilidad: familia, ¡sé lo que ‘eres!’” (FC 17). En efecto, su primera misión consiste en ser realmente lo que ella es en el corazón de Dios. Por eso, al referirnos a la identidad de la familia, fueron muchas las afirmaciones que hicimos acerca de su misión. Para no repetir las, les propongo que reflexionemos brevemente acerca de esta misión desde otra perspectiva.

Una de las últimas encíclicas sociales, *Centesimus Annus*, abordó el tema de la ecología. No se detuvo en el trato que damos al aire, el agua y la tierra, y a los peces, las aves y los animales. Dio el paso siguiente. Nos propuso el tema de la “ecología humana”¹⁵, es decir, de ese ‘habitat’, de ese entorno que incluye los elementos anteriores, pero que se refiere sobre todo al ambiente humano, cultural y social, de personas y de valores, que necesitamos para vivir conforme a la dignidad que Dios nos ha dado como hijos suyos, llamados a la santidad, a su imagen y semejanza.

El Papa hizo una analogía con la familia, recordándonos los “santuarios de la naturaleza” que los países han reservado para que en ellos ciertas especies -de manera preferente las amenazadas de extinción, por ejemplo, determinadas aves-, reencuentren su ‘habitat’ natural, y allí puedan anidar o tener sus crías, y hallar el alimento que necesitan para crecer, lejos de toda amenaza. El Papa presentó a la familia como la primera estructura fundamental a favor de la “ecología humana”, y la caracterizó como “santuario de la vida”. Ciertamente ella es el espacio más apto para que los niños que vienen a este mundo puedan ver la luz del día, y tener el alimento, material y espiritual, el apoyo, el ejemplo y las motivaciones más aptas para desplegar su dignidad, su libertad y todas sus capacidades, y hacerlas fructificar en favor de la sociedad. No sólo para ellos, sino también para el padre y la madre y para quienes viven o se acercan a ese hogar, la familia es “santuario de la vida”. Desde este ángulo meditemos en la misión de la familia.

La alianza matrimonial de los esposos es el compromiso que ellos asumen para siempre, lejos de todo egoísmo, acogándose, aceptándose y donándose mutuamente, a imagen del amor de Cristo, y dispuestos a perpetuar su amor en los hijos. El uno para el otro es un don de Dios. Conscientes de ello, se comprometen a construir con la ayuda de la gracia ese espacio interior, ese santuario: el uno para el otro, juntos para los hijos, y con ellos para quienes se sientan atraídos por la paz y la comunión afectiva y efectiva que irradian. Lo construyen con Jesucristo, que les ama, les perdona y les fortalece, sabiendo que “si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores” (Sal 127,1)

¹⁵ Juan Pablo II, Carta encíclica *Centesimus Annus*, n. 38s.

La Encíclica justifica el nombre de santuario con estas palabras: “Hay que volver a considerar la familia como el *santuario de la vida*. En efecto, es sagrada: es el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecuada contra los múltiples ataques a que está expuesta, y puede desarrollarse según las exigencias de un auténtico crecimiento humano. Contra la llamada cultura de la muerte, la familia constituye la sede de la cultura de la vida.” (CA 39)

La familia tiene entonces la misión de entregar a los niños, y a todos sus miembros, la experiencia más necesaria, que consiste en saberse amados y en amar. La dedicación, la ternura y la abnegación del amor de los padres, y después de los hermanos y hermanas, como también de los abuelos, hacen que esta experiencia penetre hasta las fibras más hondas de su ser, dándoles seguridad humana para enfrentar la vida, haciéndoles palpable que Dios los ama, los acoge y los protege. Es más, el ejemplo y las enseñanzas de sus padres, y no pocas veces el testimonio de los niños, crean una atmósfera de alegría, libertad, confianza y paz, de verdaderos valores humanos y evangélicos, en la cual todos crecen. Y el perdón que reciben cuando se arrepienten de sus extravíos, refuerza la conciencia de ser amados gratuita e incondicionalmente. No nos cuesta reconocerle a la familia esta misión de ser escuela de valores humanos y cristianos. Cuando falta, muchas veces la educación de los hijos se torna dramática. Un reciente estudio sobre la juventud en un país del norte de Europa, conocido por sus altos índices en violencia juvenil, llegó a la conclusión que la gran mayoría de los jóvenes que contaron con la cercanía de su madre en los primeros tres años de vida, ante las peores contrariedades no reaccionaban con violencia.

La familia realiza su misión, además, porque arraiga a sus miembros en una historia sagrada, en la tradición en la cual los padres y los antepasados normalmente han sabido y han querido tener el Evangelio como fuente y norma de vida, constituyendo como familiares de Dios una porción viva de la Iglesia, una iglesia doméstica. Su tradición se remonta al mismo Abraham, nuestro padre en la fe, y a los inicios de la Nueva Alianza. Por eso comparte la alegría de la Virgen María por la venida del Emmanuel, cantando con ella el Magnificat, sobrecogida porque Dios miró la pequeñez de su esclava y de su bendecida familia. Así la familia se sabe parte de la comunidad de los discípulos de Jesucristo, de la Iglesia, que sigue acogiendo sus palabras de vida eterna, la salvación que

proviene de su muerte en la cruz, los dones del Espíritu y el llamado a ser misionera con vocación a la santidad y al cielo.

Aparecida nos recuerda como misión primordial de la familia: ser “signo del amor de Dios por la humanidad y de la entrega de Cristo por su esposa, la Iglesia” (DA 433). ¿Podría extrañarnos entonces el eclipse de la experiencia del amor de Dios, si las familias no cumplieran con su misión? Por el contrario, familias que son pequeñas iglesias, se transforman en uno de los factores más decisivos de la ‘nueva evangelización’. No sólo eso, también en una fuente de vida nueva, para que nuestros pueblos tengan vida en Cristo.

Con razón afirmaba sobre la misión de la familia Su Santidad Benedicto XVI, poco después de iniciar su pontificado: “las familias cristianas constituyen un recurso decisivo para la educación en la fe, para la edificación de la Iglesia como comunión y su capacidad de presencia misionera en las situaciones más diversas de la vida, así como para ser levadura, en sentido cristiano, en la cultura generalizada y en las estructuras sociales.”¹⁶

El ámbito más cercano de esta misión se refiere a la colaboración activa con el colegio en la formación de los hijos, eligiéndolo con cuidado, y apoyándolo e inspirándolo para que también la comunidad educacional, según su propia tarea, sea santuario de la vida. Algo semejante vale para la participación en la comunidad del barrio y de la comuna, en la comunidad laboral, en la Universidad y aun a nivel nacional. Se cumple esta tarea también mediante la elección de las autoridades con responsabilidad, sopesando su compromiso con la vida, con los niños, con el matrimonio y con la familia, y no huyendo ante la responsabilidad de asumir un rol activo en su conducción si el Señor, a través de los ciudadanos, así lo pidiera.

Es tan decisiva su misión para el bien de la sociedad, cuyos ciudadanos forma, que el Papa Benedicto XVI, ya en el primer año de su pontificado, retomó una afirmación fundamental de *Familiaris consortio*, aseverando que “el futuro de la humanidad se fragua en la familia”; afirmó que ella “representa el modelo insustituible para el

¹⁶ Benedicto XVI, Discurso.

bien común de la humanidad”; y expresó, una vez más, que “como institución natural, es ‘patrimonio de la humanidad’”.¹⁷

Los gobernantes de las naciones no tienen mejores aliados para cumplir con su deber de velar por el bien común, que las familias que ponen en práctica la misión que Dios les confió, es decir, las familias en las cuales los hijos reciben desde muy pequeños los mejores valores de la cultura de su pueblo, particularmente su fe. Esas familias que crean un ambiente de comunión y de paz, en las cuales los padres cumplen la palabra empeñada y se lo enseñan a sus hijos; esas familias que educan a sus hijos, y buscan los establecimientos educacionales en los cuales la educación ocurre en conformidad con los valores que los padres han entregado a sus hijos; esas familias que nunca dejan desamparados a sus miembros, y que conocen la alegría de la fiesta y la nobleza del trabajo; esas familias son un bien inconmensurable para la sociedad.

Con razón ellas esperan siempre del Estado que les reconozca sus aportaciones, y por eso que las proteja y las apoye. Además, que promueva los valores que la sustentan, y que tenga presente, ante los proyectos legislativos y los medios de comunicación, que éstos no la dañen, sino fomenten el bien de los matrimonios y sus familias.

También esperan de la Iglesia -es decir de todos nosotros: laicos, consagrados y pastores-, que siempre las tenga en su corazón, como están en el corazón de Dios, y que en las situaciones difíciles por las cuales atraviesan, la pastoral familiar sea realmente una dimensión transversal de toda la acción evangelizadora y misionera del Pueblo de Dios.

Concluamos esta reflexión sobre la familia, alabando a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, por esta obra maestra de su sabiduría y de su amor. Agradézcandle de corazón la vocación a vivir la santidad en el matrimonio, y la gracia del sacramento que introduce a las familias a vivir santamente en este estado de vida, donde reciben abundantemente las gracias que necesitan para vivir en el heroísmo de la fe, el amor y la esperanza. Pidámosle, por intercesión de Nuestra Señora, para todas las familias cristianas en el Ecuador la gracia de poner todo su empeño en vivir como iglesias domésticas,

¹⁷ Benedicto XVI, Discurso a los Presidentes de las Comisiones Episcopales para la Familia y la Vida de Latinoamérica, Roma 03-12-2005.

santuarios de la vida y de la confianza, comunidades discípulas y misioneras de Jesucristo, para que nuestros pueblos tengan amor y vida en abundancia, en Cristo nuestro Señor.